

HECHA EFECTO LA PURGA, no hubo mayor maravilla para Gregor Samsa que despertar en medio de un nuevo relato, aún mientras contenía el bajo vientre.

El aura de huaminga había ya traspasado a su mujer quien, siempre un paso delante, se descargaba en el baño hacía media hora antes.

La urgencia le llevó de la cama al jardín donde, bajo sol, corrió la sombra de un largo río nocturno que supo esperar suficientemente. Merced a la planta, 44 años de insidia kafkiana se confundieron sin ignominia con la virginal mierda de sus animales caseros.

Establecidas calma y nuevos convenios y mientras la tierra hacía su trabajo de reconciliación de sustancias, pudo al fin oler por encima, como inaugural, la aún no pérfida brisa de génesis de los elementos, que penetró sus pulmones mientras daba su primer vagido.

Y luego de abundante ablución desayunó un plátano y supo porqué, en pobreza y pueblos esenciales, constituye comida. Y el aroma sin truco ni aderezos, interminable, sació en los pulmones la mitad de su hambre.

Como debe ser.

Un hombre así, definitivamente, puede luego darse y besar hijos, arroparles con sus ropas de invierno y acompañarles a la escuela sin tomar aún muy en cuenta sus recientes viriles protestas frente a la puerta llena de amigos: *pero papá, pero papá, pero papá*

Goyito Sánchez, más que haber cagado sobre un destino inequívoco, ha enterrado un hacha de puño de olivo y devuelto a deriva una nueva criatura dormida, formándose aún en su flotante canasta de neotenia y de sueños, envuelta con un estandarte:

*ojos de flúor, guantelete de oro, corazón en llama, verbo por fin vidente.*

RAÚL MENDIZABAL / PERÚ